

Capítulo 4

El Archivo de la Universidad Nacional de Córdoba. La correspondencia y los contactos intelectuales en el giro de siglo cordobés

María Belén Portelli

El presente capítulo intenta dar cuenta del estado de situación y el contenido documental del Archivo General e Histórico de la Universidad Nacional de Córdoba. Asimismo, procura realizar una serie de consideraciones en torno al valor del acervo para la construcción del conocimiento histórico, desde diferentes enfoques y líneas de abordaje. En particular, la mirada se focaliza en una de sus series, compuesta por la correspondencia epistolar recibida por el rectorado. A partir del examen de dicha documentación, se sugiere su utilidad para reconstruir los vínculos establecidos entre la institución universitaria y otros agentes culturales en el giro del siglo XIX al XX, e indagar el impacto de dichos contactos en los procesos de transferencia y circulación de ideas.

La Universidad y su Archivo

La Universidad de Córdoba, fundada en 1613 por acción de la orden jesuita, cuenta con un repositorio cuyos orígenes se remontan al período colonial. En las Constituciones del padre Andrés de Rada -que rigieron el funcionamiento de la vida académica entre 1680 y 1784- se dispuso la organización de un archivo en el que se guardarían las bulas, las cédulas reales, las constituciones, los grados, los votos y promesas de los doctorandos, las matrículas y pruebas de cursos, las lecciones y

renovaciones de estudios y cualquier prosa o verso que resultare digna de memoria a juicio del rector.¹

Tras la expulsión de los jesuitas, los documentos fueron trasladados a Buenos Aires, donde permanecieron bajo la custodia de la Junta Municipal y Provincial de Temporalidades hasta 1771, cuando gran parte de la documentación retornó a Córdoba. En 1784, las Constituciones de Fray José Antonio de San Alberto ordenaron que todo lo contenido en el archivo tuviese su respectivo inventario y colocaron su funcionamiento bajo la órbita de la Secretaría de la Universidad.²

Actualmente, el Archivo General e Histórico de la Universidad Nacional de Córdoba funciona en el primer piso del antiguo edificio del rectorado. Su fondo documental contiene fuentes desde los tiempos coloniales hasta el pasado reciente. Entre las series disponibles se destacan: *Documentos* (1609-1948), *Exámenes de Teología y Filosofía* (1670-1718), *Libros de grados* (1670-1978), *Pruebas de Teología* (1671-1807), *Matrículas* (1671-1888), *Prueba de curso de Filosofía* (1673-1790), *Exámenes de Teología* (1711-1864), *Exámenes de Filosofía* (1712-1877), *Certificados* (1762-1785), *Temporalidades de Córdoba* (1767-1810), *Copiador de Notas de la Universidad* (1767-1787), *Claustros y Sesiones* (1779-1898), *Testimonio de Partencias e Ignacianas* (1782-1808), *Catedráticos* (1783-1806), *Pruebas de Cursos* (1791-1882), *Exámenes de Derecho* (1791-1892), *Cuentas* (1818-1860), *Picatas* (1856-1877), *Exámenes de Seminaristas* (1859-1882), *Exámenes de alumnos del Colegio de Loreto* (1863-1882), *Actas de Sesiones del Consejo Superior* (1876-1912), *Colación de título de Abogado* (1883-1893), *Resoluciones Rectorales* (desde 1895 en adelante), *Actas de exámenes* (1906-1978), *Contratos y convenios* (1912-1988), *Expedientes no codificados* (1946-1973), *Expedientes de premios de la Universidad* (1947-1986), *Solicitudes de Diplomas* (desde 1956 en adelante), *Comunicaciones de egresados de las Facultades* (desde 1959 en adelante), *Resoluciones de Secretaría General* (1965), *Notas Rectorales* (desde 1971 en adelante), *Notas de Secretaría General* (desde 1971 en adelante), *Expedientes codificados* (1973-2008) y *Notas de Mesa General de Entradas* (1976-1979), *Expedientes Sistema COMDOC* (desde 2008 en adelante).

En general, el estado de conservación de las colecciones es excelente. El Archivo ofrece diversos instrumentos de descripción (guías, inventarios, catálogos y fichas

1 GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, María Paz, “Estudio comparativo de las constituciones de la Universidad de Charcas y de la Universidad de Córdoba”, en: *Estudios de Historia Social y Económica de América*, n° 13, 1996, p. 617.

2 <http://www.archivodelauniversidad.unc.edu.ar>

onomásticas) que facilitan la búsqueda y el acceso a la información por parte de los usuarios. El personal a cargo está compuesto por tres archiveros, un historiador y un empleado administrativo. Su actual directora, Jaqueline Vassallo, se encuentra abocada al estudio de la historia colonial y se desempeña como investigadora de carrera del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Esto significa que el repositorio cuenta con profesionales especializados, lo que favorece la custodia y preservación de la documentación, la organización del material y la accesibilidad de los investigadores y el público en general.

Para consultar los fondos documentales es necesario presentar previamente y por escrito una solicitud de autorización, especificando el material que se desea analizar y la finalidad de la investigación. Una vez en la sala de lectura, el usuario debe cumplir un estricto reglamento interno, dispuesto con el objetivo de asegurar la correcta manipulación de los documentos y garantizar una mejor conservación del material. Entre las normas, se incluye la obligatoriedad del uso de guantes de látex, la prohibición de emplear tinta o cualquier otro elemento que afecte la integridad del material y la limitación de la reproducción digital de los documentos en función de su estado de conservación. Además, el personal lleva un preciso registro de los usuarios, del destino de la consulta y del material por ellos utilizado.

La serie *Documentos* y su valor historiográfico

La serie *Documentos* está compuesta por todo tipo de correspondencia remitida al rectorado de la Universidad de Córdoba. Por ende, reúne un conjunto amplio y heteróclito de notas elevadas a la autoridad universitaria por diversos organismos, como las facultades que integraban la Universidad, dependencias del poder estatal provincial y nacional (como el Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública de la Nación), instituciones sociales y corporativas, entidades académicas del país y el extranjero y bibliotecas universitarias y populares, además de diferentes agentes individuales como libreros, editores, diplomáticos, profesores y estudiantes. No es inusual hallar memorias anuales de las facultades, notificaciones sobre ternas para el nombramiento de docentes, nóminas de títulos de profesores, listados de personal, solicitudes de licencia, invitaciones para participar de eventos científicos, proyectos de reformas de estatutos y planes de estudios, documentos relativos a la contratación de docentes extranjeros y telegramas varios, así como informes de la Biblioteca Mayor de la Universidad y solicitudes de adquisición de material bibliográfico.

Una documentación tan heterogénea reviste una gran potencialidad para la investigación histórica, pues admite el abordaje de una multiplicidad de problemáticas desde diversas perspectivas teórico-metodológicas. Como fuente histórica, el material permite reconstruir el funcionamiento de la institución universitaria y su derrotero a lo largo del tiempo, pero también habilita la exploración de algunas vertientes de creciente auge en la historiografía argentina, como aquella que se interroga por la trayectoria de los intelectuales o la que indaga en la constitución histórica de algunos campos del conocimiento. En este sentido, el fondo epistolar aporta muchos detalles de los itinerarios biográficos de las figuras que pasaron por las aulas de la Universidad, desde su inicio como estudiantes hasta su desempeño como profesores y científicos, pasando por sus viajes, sus investigaciones, sus publicaciones y su inserción en otros espacios culturales, políticos y sociales. Más todavía, la correspondencia conservada ofrece testimonio sobre el papel de la Universidad en los procesos de formación de diversos campos profesionales, tales como el derecho, la sociología, la economía, la medicina y las ciencias naturales.³ La información sobre la creación de cátedras, la designación de profesores y los criterios aplicados en la selección, los programas de estudio, los pedidos de bibliografía, la creación de laboratorios, gabinetes e institutos de investigación, la participación en congresos y las relaciones con organismos y

-
- 3 Sobre los avances de la producción historiográfica provincial en esta materia puede consultarse: CARBONETTI, Adrián, “La construcción del poder médico en el marco de la formación del Estado Nacional y la reestructuración de los estados provinciales. El caso Córdoba 1869/1914”, en: *Terceras Jornadas de Historia de Córdoba*, Córdoba, Junta Provincial de Historia de Córdoba, 1997, pp. 241-255; RODRÍGUEZ, María Laura, *Perspectivas en torno a la consolidación de la elite médica de Córdoba, Epidemias y Estado*, Córdoba, Trabajo Final de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional de Córdoba, 2004, inédita; TOGNETTI, Luis, *Explorar, buscar, descubrir. Los Naturalistas en la Argentina de fines del siglo XIX*, Córdoba, Ed. Universitas, 2005; GRISENDI, Ezequiel, “El inicio del proceso de institucionalización universitario de la sociología en Córdoba (1907-1918): intelectuales y revistas”, en: *Actas de las V Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata y I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales*, La Plata, 2008; AGÜERO, Ana Clarisa, *Local/Nacional. Córdoba: cultura urbana, contacto con Buenos Aires y lugares relativos en el mapa cultural argentino, 1880-1918*, Córdoba, Tesis de Doctorado, Universidad Nacional de Córdoba, 2010, inédita; AGÜERO, Ana Clarisa y GARCÍA, Diego (eds.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, La Plata, Editorial Al Margen, 2010; PORTELLI, María Belén, *Saberes modernos para políticas eficaces: Intelectuales, Estado y cuestión obrera en Córdoba, 1906-1936*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2011; GORDILLO, Mónica y VALDEMARCA, Laura (coords.), *Facultades de la UNC. 1854-2011. Saberes, procesos políticos e institucionales*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2013.

especialistas de otras latitudes remiten a diversos aspectos de la especialización de la actividad intelectual y la configuración local de ciertos dominios disciplinares, del orden de un saber particular, con instituciones propias y reglas de funcionamiento, de validación y de consagración específicos.

Por otro lado, la correspondencia permite indagar la existencia de redes, como una cadena de vínculos, contactos e interacciones entre agentes culturales localizados en diferentes lugares. Como indica Eduardo Devés-Valdés, las redes intelectuales aluden al “conjunto de personas ocupadas en los quehaceres del intelecto que se contactan, se conocen, intercambian trabajos, se escriben, elaboran proyectos comunes, mejoran los canales de comunicación y sobre todo establecen lazos de confianza recíproca.”⁴ El principio básico consiste en estudiar los grupos humanos atendiendo a los vínculos existentes entre ellos para explicar la conducta de los individuos y derivar conclusiones más generales.⁵ Para que esto sea posible, el análisis debe trascender el mero uso “metafórico” del concepto de red e indagar en la naturaleza, la configuración y el funcionamiento efectivo de las relaciones establecidas entre un conjunto de individuos.⁶

La importancia del análisis de redes radica en la posibilidad de dar cuenta de “un complejo sistema relacional que permite la circulación de bienes y servicios, tanto materiales como inmateriales, dentro de un conjunto de relaciones establecidas entre sus miembros.”⁷ Considerando que los intelectuales son agentes cuyas actividades comprenden la producción creativa y el empleo de categorías simbólicas, el análisis de los vínculos que establecen entre sí contribuye al conocimiento de los complejos procesos de transferencia y circulación de ideas. El contacto epistolar, la publicación de libros y revistas, la participación en congresos, sociedades y agrupaciones, la realización de viajes y los comentarios de libros, constituyen algunos de los medios a través de los cuales los intelectuales forjan redes de vínculos. Así pues, el flujo de las ideas se sustenta en una densa trama de relaciones sociales y materialidades que sirven

4 DEVÉS-VALDÉS, Eduardo, *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago de Chile, Universidad de Santiago de Chile, 2007, p. 30.

5 PRO RUIZ, Juan, “Las élites de la España liberal: clases y redes en la definición del espacio social (1808-1931)”, en: *Historia Social*, n° 21, 1995, p. 63.

6 REQUENA SANTOS, Félix, “El concepto de red social”, en: *Reis*, n° 48, 1989, pp. 137-152.

7 BERTRAND, Michel, “Los modos relaciones de las élites hispanoamericanas coloniales: enfoques y posturas”, en: *Anuario del IEHS*, n° 15, 2000, p. 74.

de soporte y vehículo de los intercambios de bienes simbólicos.

En esta línea, el empleo de la correspondencia epistolar adquiere una importancia central. En tanto mecanismo a través del cual se establecen vínculos y contactos, permite constatar la existencia efectiva de relaciones entre actores sociales. Paralelamente, puede ser empleada como una fuente histórica para explorar la naturaleza y la funcionalidad de las mismas. Según José María Imízcoz, las cartas aportan información privilegiada para un análisis de las características estructurales de la red y también para conocer los contenidos cualitativos de las relaciones entre actores sociales: la circulación de información y los intercambios que se movilizan a través de ellas, las funciones y atributos de cada vínculo, y otros elementos referidos a los valores, normas e ideas con los que actúan y se relacionan los actores sociales.⁸ Asimismo, la secuencia cronológica de la correspondencia muestra la duración, la evolución de las relaciones, sus regularidades y variaciones, su renovación y durabilidad, así como la evolución de la forma de la red en relación con la propia historia de los actores sociales y sus contextos.⁹

Con este criterio, diferentes historiadores han apelado a la correspondencia para dar cuenta de la existencia de ciertas redes intelectuales y reconstruir los intercambios que tenían lugar a través de ellas. El historiador Fabrizio Lomonaco, en su estudio sobre las relaciones culturales italiano-holandesas en el siglo XVII, señaló que la carta constituye una expresión tangible de la existencia de una densa red de colaboraciones científicas y literarias entre grandes figuras de la República de las Letras.¹⁰ Un juicio similar fue formulado por Antonio Mestre Sanchis con respecto a la Ilustración en España durante el siglo XVIII. En tal caso, frente a la interpretación predominante que aseveraba el influjo de los filósofos franceses, los epistolarios privados revelaron la existencia de redes de intercambios culturales entre los hombres de letras españoles e intelectuales de países generalmente marginados de la visión del movimiento ilustrado, como Holanda, Suiza, Alemania, Italia, Inglaterra y Portugal. Como advierte el historiador español, esto permite captar matices “importantes y clarificadores de una actitud intelectual y de unas corrientes intelectuales que merecen ser analizadas.”¹¹ La

8 IMÍZCOZ, José María, “Actores, redes, procesos: reflexiones para una historia más global, en: *HISTÓRIA. Revista da Faculdade de Letras*, serie 3, vol. 5, 2004, p. 136.

9 Ibid., p. 137.

10 LOMONACO, Fabrizio, *Lex Regia. Diritto, Filologia e Fides storica nella cultura politico-filosofica dell’ Olanda di fine Seicento*, Napoli, Studi Vichiani, 1990.

11 MESTRE SANCHIS, Antonio, “La carta, fuente de conocimiento histórico”, en: *Revista*

correspondencia pone de relieve nuevos vínculos y revela una trama de complicidades y divergencias, preocupaciones comunes e intereses profundos. Se trata, en definitiva, de resultados que expanden y complejizan el conocimiento histórico sobre el mundo cultural.

De todos modos, la correspondencia también tiene sus límites como fuente y, como señala Zacarías Moutoukias, “no existen soluciones documentales o metodológicas unívocas. Sólo podemos navegar entre las lagunas documentales y las intuiciones propias a un enfoque como el de las redes sociales.”¹² Aunque constituye una valiosa fuente de información, es preciso contrastar y complementar los datos que aporta con aquellos procedentes de otras fuentes.

Contactos e intercambios en el giro de siglo cordobés

Si se focaliza la atención en el giro del siglo XIX al XX, el examen de la correspondencia conservada en el Archivo de la Universidad de Córdoba permite captar la trama de vínculos que unía a la institución con otros actores del mundo cultural nacional e internacional. Estos contactos pueden constituir un punto de partida para examinar la existencia de un posible circuito de intercambios a través del cual se produjeron fenómenos de circulación o transferencia de ideas.

El establecimiento de relaciones con entidades extranjeras se inscribe en un fenómeno de mayor alcance que tuvo lugar a escala global en el período finisecular. Diversos estudios dedicados a analizar el surgimiento de distintos campos de conocimiento académico durante el siglo XIX han señalado que éstos asumieron claras formas nacionales. El sistema universitario era considerado como un custodio de la persistencia y especificidad de su cultura nacional y, en consecuencia, la práctica académica adquirió rasgos particulares de acuerdo a cada nación. Sin embargo, al mismo tiempo se produjo una creciente intensificación de los intercambios intelectuales más allá de las fronteras nacionales, fenómeno que condujo a una progresiva internacionalización del conocimiento. Como señala Peter Wagner, se trató de un proceso por el cual se

de Historia Moderna, n° 18, 2000, pp. 13-26.

12 MOUTOUKIAS, Zacarías, “Familia patriarcal o redes sociales: balance de una imagen de la estratificación social”, en: *Anuario del IEHS*, n° 15, 2000, p. 141.

constituyó “una nueva forma transnacional de conocimiento.”¹³

En el ámbito nacional, la Universidad de Córdoba también estableció contactos con otros centros de estudios de Buenos Aires. Como ha señalado Ana Clarisa Agüero, en un período signado por la consolidación de un orden estatal nacional y de un modelo agroexportador volcado hacia el Atlántico, Buenos Aires adquirió los atributos de una capitalidad económica, política y cultural. En ese marco, la cultura urbana cordobesa fue marcada por su interlocución con esa capital múltiple y, al calor de sus intercambios, Córdoba adquirió una fisonomía particular y un determinado sitio en la geografía de la cultura nacional.¹⁴

El intercambio de cartas constituyó una de las modalidades más difundidas de sociabilidad intelectual y tuvo un rol crucial en la construcción de lazos entre letrados e instituciones más allá de las fronteras nacionales. El análisis de la correspondencia revela que también supo ser un vehículo de la circulación de libros. En tiempos en que los circuitos de distribución editorial no se encontraban perfeccionados, el reconocimiento de un autor descansaba en gran parte en los propios esfuerzos que empeñase en la tarea de dar a conocer su producción.¹⁵ Muchos autores de origen nacional o extranjero remitían al rectorado sus obras personales, para que éstas integraran la biblioteca universitaria y así quedaran a disposición del público letrado. Igual labor realizó la Universidad de Córdoba, que difundió las publicaciones de sus propios académicos mediante el envío de ejemplares a un vasto conjunto de interlocutores epistolares de diferentes latitudes. Esta fue la estrategia seguida con el *Curso de Ciencia Criminal* de Moyano Gacitúa, la cual fue distribuida a las universidades europeas de Barcelona, París, Lyon, Roma, Zurich, Leipzig y sus pares americanas de Lima y Pelotas (Brasil). Difundir los resultados de los trabajos realizados en los ambientes

13 CHARLE, Christophe, SCHRIEWER, Jürgen, WAGNER, Peter (comps.), *Redes intelectuales transnacionales. Formas de conocimiento académico y búsqueda de identidades culturales*, Barcelona, Ediciones Pomares, 2006, pp. 5-21.

14 AGÜERO, Ana Clarisa, *Local/Nacional...cit.*; AGÜERO, Ana Clarisa, “Comunidades, circuitos y lugares relativos en la cultura nacional. Caída y reparación de Córdoba entre dos generaciones (1880-1920)”, LAGUARDA, Paula y FIORUCCI, Flavia (eds.), *Intelectuales, cultura y política en espacios regionales de Argentina (siglo XX)*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2012, pp. 55-77.

15 BERGEL, Martín y MARTÍNEZ MAZZOLA, Ricardo, “América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas universitarios (1918-1930)”, en: ALTAMIRANO, Carlos (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, vol. 2, Buenos Aires, Katz editores, 2010, pp. 123-124.

considerados de prestigio podía significar una forma de buscar reconocimiento para las comunidades científicas en constitución. En otras palabras, el envío de este material constituía un modo de obtener legitimación en la comunidad académica de referencia. La correspondencia también permitió la recepción de estatutos, planes de estudio, programas y lecciones vigentes en otros espacios académicos.¹⁶ De este modo, la Universidad se anoticiaba de los adelantos en materia científica y cultural que tenían lugar en otras latitudes y ella también difundía las obras de los académicos locales.

Los congresos también funcionaron como canales de comunicación intelectual. Los primeros encuentros de científicos en congresos de carácter internacional se celebraron a partir de la década de 1870 en Europa y Estados Unidos. Los gobiernos y las asociaciones científicas latinoamericanas intervinieron en estos encuentros mediante el envío de delegados, aunque su presencia en los foros internacionales sólo adquirió mayor regularidad durante las dos primeras décadas del siglo XX.¹⁷ La documentación epistolar del período revela que la Universidad de Córdoba recibió invitaciones oficiales para participar de dichos eventos y envió representantes o realizó manifestaciones de adhesión. Además, algunos profesores de la casa de altos estudios concurren de manera independiente, sin formar parte de una delegación oficial, presentando comunicaciones e interviniendo activamente de las deliberaciones.

En 1910 los congresos internacionales se multiplicaron en la ciudad de Buenos Aires con motivo de la conmemoración del Centenario. El *XVII Congreso Internacional de Americanistas* tuvo lugar entre el 17 y el 23 de mayo. Éste fue sucedido por el *Segundo Congreso Internacional de Estudiantes Americanos* (9 al 15 de julio), la *Cuarta Conferencia Panamericana* (12 de julio al 30 de agosto) y el *Congreso Científico Internacional Americano* (10 al 25 de julio).

Los congresos internacionales de americanistas fueron organizados por especialistas europeos desde las últimas décadas del siglo XIX. Sus investigaciones abarcaban arqueología, etnografía, paleontología y los estudios vinculados con historia colonial. En la edición celebrada en la capital argentina, se fijó como propósito “el estudio histórico y científico de las dos Américas y de sus habitantes”, con un interés particular en el análisis de “las razas indígenas de América”, “los monumentos indígenas y la arqueología de América” y “la historia del descubrimiento y de la ocupación europea

16 Así, por ejemplo, la École de Hautes Études Sociales de París remitió su programa de estudios para el curso escolar de 1903-1904.

17 CALVO ISAZA, Oscar, “Conocimiento desinteresado y ciencia americana. El Congreso Científico (1898-1916)”, en: *Historia Crítica*, n° 45, 2011, pp. 94-95.

del Nuevo Mundo.” De una totalidad de 61 trabajos acreditados, 24 pertenecieron a científicos argentinos. Los profesores de la Universidad de Córdoba Tomás Argañarás, Guillermo Bodenbender y Santiago Díaz (además del presbítero Pablo Cabrera), se desempeñaron como vocales de la comisión de organización.¹⁸

Por su parte, el *Segundo Congreso Internacional de Estudiantes Americanos* celebrado en Buenos Aires durante 1910 tuvo su primera edición en Montevideo (1908) y fue seguido de un tercer encuentro en la ciudad de Lima (1912). Las reuniones tenían como finalidad abordar algunos problemas acuciantes del ámbito universitario y, a la vez, “crear vinculaciones entre los estudiantes de todo el continente.”¹⁹ La Universidad de Córdoba estuvo ausente en el Congreso de 1908, pero a partir de 1910 prestó su concurso a dichos eventos con el apoyo a la concurrencia de sus estudiantes. Susana García ha argumentado que los encuentros fueron apoyados por el gobierno argentino y sectores de la elite universitaria como parte de una política diplomática orientada a la construcción de una paz americana. En este sentido, los delegados estudiantiles funcionaron como “embajadores intelectuales”, pues fueron percibidos como estandartes de una nueva época de fraternidad entre las naciones del continente.²⁰ Casi todas las reivindicaciones del movimiento de la Reforma –la defensa de la autonomía universitaria, el principio del cogobierno, la cuestión de la extensión, la libertad de cátedra, entre otras– fueron enunciadas y discutidas en estos congresos, de allí que sean considerados antecedentes directos o, incluso, parte constitutiva del proceso reformista.²¹

En la *Cuarta Conferencia Panamericana*, la Delegación Argentina solicitó a la Universidad de Córdoba un informe completo para presentar en dicho encuentro.²² Según *La Voz del Interior*, dicho informe debía hacer “resaltar la forma eficaz con

18 Archivo General e Histórico de la Universidad Nacional de Córdoba (en adelante, AGHUNC), *Serie Documentos*, Libro 70, 1910, fs. 84-90. BARBOSA, Susana y FRIDMAN, Silvia, “Congresos del Centenario”, ROIG, Arturo Andrés y BIAGINI, Hugo Edgardo (dirs.), *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*, vol. I, Buenos Aires, Biblos, 2004, p. 438.

19 AGHUNC, *Serie Documentos*, Libro 64, 1907, f. 330.

20 GARCÍA, Susana V., “Embajadores intelectuales. El apoyo del Estado a los Congresos de Estudiantes Americanos a principios del siglo XX”, en: *Estudios Sociales*, n° 19, 2000, pp. 65-84.

21 BERGEL, Martín y MARTÍNEZ MAZZOLA, Ricardo, “América Latina como práctica...” cit., p. 126.

22 AGHUNC, *Serie Documentos*, Libro 69, tomo II, 1909, f. 66.

que [la Universidad] ha contribuido no sólo dentro del país, sino también fuera de él, a la civilización de esta parte de América.”²³ La memoria fue elaborada por el secretario Manuel E. Río e incluyó una reseña histórica de la institución, estatutos y reglamentaciones vigentes, nóminas de personal, planes de estudio de las distintas facultades.²⁴

Una de las reuniones de carácter científico más destacadas de la época fue el *Congreso Científico Internacional Americano* de 1910. Como señaló Miguel de Asúa, este “brillante y festivo torneo intelectual” procuró exhibir ante América y el resto del mundo el estado pujante alcanzado por la ciencia argentina durante la *belle époque*.²⁵ El certamen fue organizado por la Sociedad Científica Argentina y alcanzó una magnitud sin precedentes, con más de 1.500 adherentes, más de 200 asociaciones representadas y más de 500 trabajos presentados en sus doce secciones: ingeniería, física y matemática, química, geología, biología, geografía e historia, antropología, derecho y ciencias sociales, ciencias militares, navales, psicológicas y agrarias.²⁶ El rector de la Universidad de Córdoba, Julio Deheza, junto a sus pares de Buenos Aires y La Plata, integró la comisión honoraria de organización del Congreso.²⁷ Además, los profesores Virgilio Ducceschi, Félix Garzón Maceda y Ferruccio A. Soldano fueron designados delegados oficiales de la Casa de Trejo y tuvieron una activa participación en las secciones del Congreso. Una de las actuaciones más destacadas le cupo a Ducceschi en la sección de Ciencias Psicológicas, presidida por Horacio Piñero, donde presentó un registrador mental para estudiar el trabajo intelectual del hombre y una comunicación en la que expuso algunas observaciones anatómicas y fisiológicas sobre las terminaciones nerviosas presentes en el cutis humano.²⁸

23 “Cuarta Conferencia Pan-americana”, *La Voz del Interior*, Córdoba, 29-10-1909, p. 5.

24 RÍO, Manuel E., *La Universidad Nacional de Córdoba. Informe destinado a los miembros de la Cuarta Conferencia panamericana*, Córdoba, F. Domenici, [1910?].

25 DEASÚA, Miguel, “La fiesta de la ciencia. El Congreso Científico Internacional Americano de 1910”, en: *Ciencia Hoy*, vol. 21, n° 125, 2011, pp. 18-24. Sobre las comunicaciones, los oradores y las polémicas que tuvieron lugar en dicho Congreso, véase: DE ASÚA, Miguel, “La ciencia del Centenario. Las discusiones del Congreso Científico Internacional Americano de 1910”, en: *Ciencia Hoy*, vol. 21, n° 126, 2012, pp. 14-20.

26 BABINI, José, *Historia de la Ciencia en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1986, p. 143.

27 AGHUNC, *Serie Documentos*, Libro 68, tomo I, 1909, f. 288; Libro 70, 1910, f. 9.

28 SOCIEDAD CIENTÍFICA ARGENTINA, *Congreso Científico Internacional Americano*, vol. I, Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora Coni hermanos, 1910, pp. 449 y 455.

Otros encuentros tuvieron un carácter más corporativo, como el *Segundo Congreso Médico Latino-Americano*, celebrado en Buenos Aires en 1904. El propósito del evento fue aunar los esfuerzos de hombres de ciencia y asociaciones de beneficencia para fundar una “alianza de higiene social” destinada a combatir el alcoholismo y la tuberculosis, la protección de la infancia y la construcción de viviendas higiénicas.²⁹ El encuentro contó con 250 expositores de Argentina, Basil, Uruguay, Chile y otros países latinoamericanos. Las ponencias evidenciaron la situación reinante en las distintas naciones y en la ciencia en general acerca del desarrollo de enfermedades como la fiebre amarilla, el paludismo y la tuberculosis. El encuentro contó con la adhesión de la Facultad de Ciencias Médicas, que envió como delegado oficial a Jerónimo del Barco, además de la participación de los doctores Antonio Nores e Ignacio Morra. En 1910 tuvo lugar en Buenos Aires el *Congreso Internacional Americano de Medicina e Higiene*. En los fundamentos de la convocatoria se indicó que serían tratadas cuestiones de “ciencia pura”, pero se aclaró que las problemáticas relativas a la “colectividad argentina” merecerían un interés particular. En especial, el examen científico se focalizaría en algunas problemáticas sociales vinculadas al paludismo, la tuberculosis y la higiene infantil, con el fin de encontrar “la solución que el progreso creciente del país reclama.”³⁰ Se advierte así el giro pragmático que enfatizaba la aplicación de la ciencia.³¹ En dicha oportunidad, el rector de la Universidad de Córdoba fue nombrado presidente honorario del comité ejecutivo.

Finalmente, en 1916 se celebró en la ciudad de Tucumán el *Congreso Americano de Ciencias Sociales*, una iniciativa del gobierno argentino en el marco de los festejos por el centenario de la declaración de la independencia. El comité organizador del Congreso estuvo integrado por nombres prominentes del mundo intelectual, como Carlos O. Bunge, Joaquín V. González, José Ingenieros, José N. Matienzo, Alfredo Palacios, Ernesto Quesada, Rodolfo Rivarola, Estanislao Zeballos, entre otros. El rector de la Universidad cordobesa, Julio Deheza, fue nombrado vocal de la comisión organizadora, y las facultades enviaron delegaciones oficiales: los profesores Juan F. Cafferata y Ramón Gil Barros en representación de Ciencias Médicas, y los docentes Telasco Castellanos, José Cortéz Funes, Santiago F. Díaz, Moisés Escalante, Sofanor

29 ÁLVAREZ, Adriana, “Tras la vida de un higienista y filántropo: Emilio Coni”, ÁLVAREZ, Adriana y CARBONETTI, Adrián (eds.), *Saberes y prácticas médicas en la Argentina. Un recorrido por historias de vida*, Mar del Plata, EUDEM, 2008, pp. 69-70.

30 AGHUNC, *Serie Documentos*, Libro 69, 1909, fs. 2-3.

31 BARBOSA, Susana y FRIDMAN, Silvia, “Congresos...” cit., pp. 441-442.

Novillo Corvalán, Luis J. Posse y Julio Rodríguez de la Torre por Derecho y Ciencias Sociales.³² El evento procuraba “congregar a los cultores de las ciencias en América” para estudiar hechos colectivos o problemáticas vinculadas a lo social. Su carácter pragmático quedaba enunciado con claridad en la afirmación que señalaba: “Más que a favorecer la investigación, o sea más que la elaboración de las ciencias, responderá a la aplicación de las mismas en las funciones propias del gobierno, en su amplio concepto, que se traduce en acción legislativa y ejecutiva.”³³

Contemporáneamente, los viajes constituyeron otra modalidad bajo la cual se establecieron contactos. En este sentido, es posible reconocer dos tipos de desplazamientos fundamentales. En primer lugar, el traslado de profesores y jóvenes recién egresados de la Universidad de Córdoba hacia otros espacios nacionales e internacionales con el fin de profundizar su formación o desarrollar alguna especialización, mediante el sistema de becas y misiones oficiales de estudio. Entre 1909 y 1914, el gobierno nacional otorgó becas de perfeccionamiento en el extranjero para los dos estudiantes de cada Facultad que hubiesen finalizado su carrera con las más altas calificaciones. Aunque no es posible establecer con certeza la cantidad de estudiantes que viajaron mediante este sistema, el intercambio epistolar entre la Universidad de Córdoba y el Ministerio de Instrucción Pública permite estimar que esa cifra fue de veinticuatro alumnos, distribuidos entre las tres facultades. Como indica Andrés Reggiani, la formación en el extranjero les permitía tomar contacto con algunos saberes específicos que no podían adquirir en su universidad de origen. Además de su valor educativo, el viaje los dotaba de un capital simbólico adicional, por el prestigio del cual gozaban las universidades europeas como centros intelectuales hegemónicos. Una tercera ventaja suplementaria de la educación en Europa, especialmente importante para los hijos de las familias de la elite, era la adquisición de habilidades lingüísticas y saberes ornamentales propios de los códigos de distinción y convenciones sociales de la época.³⁴ Finalmente, la realización de estudios en el exterior también formaba parte de las nuevas necesidades creadas por la creciente profesionalización de la labor intelectual, pues el viaje aparecía como un “rito de pasaje” que podía mejorar sensiblemente el perfil para competir en

32 AGHUNC, *Serie Documentos*, Libro 78, 1915, f. 185; Libro 79, 1916, fs. 165 y 276.

33 *Memoria del Congreso Americano de Ciencias Sociales*, Buenos Aires, Imprenta José Tragant, 1917, p. 14.

34 REGGIANI, Andrés H., “De rastacueros a expertos. Modernización, diplomacia cultural y circuitos académicos transnacionales, 1870-1940”, SALVATORE, Ricardo (comp.), *Los lugares del saber. Contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2007, pp. 161-162.

un mercado profesional cada vez más exigente.³⁵

Los viajes realizados en el marco de misiones oficiales también estuvieron orientados a estrechar los vínculos con otros centros universitarios. Uno de los ejemplos más acabados de este tipo de iniciativas lo ofrece la visita a la Universidad de La Plata efectuada en 1914 por una delegación de profesores de la Facultad de Derecho. Fundada en 1905, dicha institución surgió con el propósito de renovar las tradicionales estructuras universitarias. Bajo la dirección de su mentor, Joaquín V. González, se intentó establecer como una universidad que impulsara el conocimiento científico y experimental, así como el intercambio intelectual con otras instituciones argentinas, americanas y europeas. La comisión cordobesa que visitó la universidad platense fue integrada por el decano Juan Carlos Pitt y los profesores Enrique Martínez Paz y Tomás Miguel Argañarás. Los docentes cordobeses dictaron conferencias sobre temas de su especialidad y asistieron a una clase de Historia Diplomática dada por el rector Joaquín V. González. En el informe de la misión, Pitt alentó este tipo de iniciativas que, a su entender, permitían establecer importantes lazos académicos e intelectuales:

“[...] considero del mejor resultado práctico la frecuencia de estas visitas y comunicaciones que crean un vínculo de confraternidad y solidaridad institucional entre las universidades de la República y que permite juzgar sobre la ventaja de los diversos métodos de enseñanza empleados en cada una de ellas. [...] estas cortesías universitarias, si plausibles por el propósito que las inspira, lo son doblemente porque sobre permitir fijar normas respecto de la enseñanza, métodos, planes de estudio, etc., vincula a los hombres dedicados a la noble tarea del profesorado, cuyo intercambio de ideas es siempre provechoso; perfila y hace destacar con relieve propio la hasta hoy desconocida personalidad del profesor, para los cuales constituye un estímulo-aprovecha a los alumnos y solidariza en fin la obra de las Universidades Nacionales que hoy trabajan extensiva y ampliamente, pero cuyo objetivo común, es la cultura del Pueblo Argentino, misión que todos tratan de cumplir [...]”³⁶

Una segunda tipología de desplazamiento consistía en la llegada al ámbito local

35 Ibid., p. 168.

36 AGHUNC, *Serie Documentos*, Libro 79, 1916, fs. 149-151.

de figuras intelectuales del exterior, a través de la contratación de docentes de otras latitudes y la recepción de visitas para el dictado de conferencias o cursos. En la década de 1870, el gobierno nacional decidió modificar la orientación predominante de los estudios desarrollados en la Universidad de Córdoba, centrados en la teología y el derecho. La reforma académica se inició durante la gestión de Domingo Sarmiento y se institucionalizó en el transcurso de la presidencia de Nicolás Avellaneda. La innovación curricular se materializó en la creación de la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas (1876) y la Academia Nacional de Ciencias (1878), que tuvieron entre sus objetivos implantar la enseñanza de las ciencias exactas y naturales, formar profesores que pudieran impartir dichas disciplinas en los colegios de la República y llevar a cabo la exploración del territorio nacional y la investigación científica de las riquezas naturales del país. Para el logro de esos fines se recurrió a la contratación de profesores y científicos extranjeros, en su mayoría provenientes de distintas universidades alemanas. Las primeras gestiones relativas a la incorporación de los docentes fueron encomendadas a Carlos Germán Burmeister, sabio naturalista alemán que dirigía desde 1862 el Museo Público de Buenos Aires, quien contaba con prestigio dentro de la comunidad científica internacional, con contactos en las universidades de su país de origen, y con conocimientos específicos para evaluar los atributos de los candidatos.³⁷ Así se produjo la llegada de los botánicos Pablo G. Lorentz, Jorge Hieronymus y Federico Kurtz, el zoólogo Hendrik Weyenbergh, los profesores de mineralogía y geología Alfredo Stelzner, Luis Brackebusch y Guillermo Bodendender, el especialista en física, Oscar Doering, y su hermano Adolfo, dedicado a la química, y el matemático Francisco Latzina. Según la interpretación de Luis Tognetti, la llegada de estos naturalistas europeos estuvo condicionada por la necesidad de la comunidad científica internacional de explorar los territorios periféricos y así completar el conocimiento del mundo físico. En países con una tradición científica ausente o limitada, como los de América Latina, se recurrió a la contratación de científicos europeos, para que redactaran obras de difusión sobre los aspectos naturales de sus territorios y organizaran sus primeras instituciones científicas. El origen predominantemente alemán de estos científicos obedece al prestigio internacional adquirido por el sistema académico germano, fundado en el compromiso de investigar y entrenar a sus estudiantes en las técnicas específicas de investigación. Además, la consolidación del Estado nacional a partir de 1862 tuvo una importancia central en la creación de una infraestructura

37 TOGNETTI, Luis, *Explorar, buscar, descubrir. Los Naturalistas en la Argentina de fines del siglo XIX*, Córdoba, Ed. Universitas, 2005, p. 43.

básica que favoreció la institucionalización de la práctica científica en la Argentina y la formación de discípulos locales.³⁸

La Facultad de Medicina también contó con el aporte de docentes extranjeros. El fisiólogo italiano Valentín de Grandis, asistente en Turín de Angelo Mosso, fue contratado en 1903 para dirigir el Laboratorio de Fisiología. Permaneció allí hasta su retorno a Italia en 1906, para asumir el cargo de director del Real Instituto de Fisiología de Génova.³⁹ En su reemplazo, fue contratado Virgilio Ducceschi, otro científico italiano de destacados antecedentes académicos, que ocupó la cátedra de Fisiología entre 1907 y 1918.⁴⁰ Ducceschi, al igual que muchos fisiólogos de la época, poseía intereses en la psicología, y también dictó en Córdoba una cátedra libre de psicología experimental creada en 1907.⁴¹ Además, impartió cursos libres de antropología criminal y psicopatología médico legal en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, en los que incorporó líneas de investigación propias del positivismo. Además, en 1912 la Facultad de Ciencias Médicas contrató al doctor alemán Mentz Von Krogh y al profesor italiano de la Universidad de Pavia, Ferdinando Strada, para que ocuparan la dirección de las cátedras y los laboratorios de Bacteriología y Anatomía Patológica, respectivamente.⁴²

La recepción de invitados extranjeros conformó otra modalidad por la cual figuras del mundo académico y científico internacional se vincularon a la Universidad de Córdoba, sin el grado de formalidad y permanencia que implicaba la contratación de docentes europeos. Destacados viajeros visitaron la Casa de Trejo y dictaron conferencias en las que expresaron sus opiniones sobre la vida social y cultural.

En 1909 arribó a Córdoba el español Rafael Altamira, catedrático de Historia del Derecho de la Universidad de Oviedo, en el marco de su gira por diversos países del continente en conmemoración del primer centenario de la independencia de la

38 Ibid.

39 BUCH, Alfonso, "El papel de los fisiólogos extranjeros en la Argentina de principios de siglo o acerca de la 'nacionalidad' de mate amargo", en: MONTSERRAT, Marcelo (comp.), *La ciencia en la Argentina entre siglos*, Buenos Aires, Ediciones Manantial, 2000, p. 21

40 AGHUNC, *Serie Documentos*, Libro 64, 1907, fs. 306-307.

41 AGHUNC, *Serie Documentos*, Libro 62, tomo I, 1906, fs. 164 y 398; Libro 63, tomo II, 1906, fs. 377-378; Libro 64, tomo I, 1907, fs. 109-110, 111, 306-307; Libro 71, 1903-1910, fs. 46-47, 61-62; Libro 75, 1883-1912, fs. 32-35, 63-64.

42 AGHUNC, *Serie Documentos*, Libro 73, 1912, f. 238.

América hispana.⁴³ El intelectual español participaba de todos los tópicos propios del regeneracionismo, una corriente cultural surgida en España a fines del siglo XIX que deseaba acabar con la crisis de la conciencia nacional suscitada por la pérdida de sus colonias y restaurar el concepto de patria. En parte, el regeneracionismo reconocía la influencia del krausismo, corriente espiritual que postulaba que la transformación profunda de la sociedad sería posible a través de la cultura. En este sentido, Altamira aspiraba a una educación igualitaria y accesible a todas las capas sociales como base para la constitución de una sociedad culta y libre. La enseñanza de la historia constituyó uno de los principios basales de su programa. En esta materia, impulsó el desarrollo de la historiografía americanista y aspiró a consolidar la enseñanza y la investigación de la historia como una disciplina científica, de acuerdo a los postulados de la escuela metódica francesa. La ciencia histórica aparecía como el instrumento adecuado para reivindicar la obra civilizadora de España en América, devolver al pueblo español una perspectiva optimista de las cualidades nativas, erradicar la mirada negativa de la empresa colonizadora y cultivar relaciones de paz con las naciones herederas de la cultura española. Estos fueron los propósitos que inspiraron la misión de Altamira encomendada por la casa de estudios ovetense, vanguardia de la renovación académica en España.⁴⁴

Argentina constituyó la primera escala de su periplo y durante los casi cuatro meses que permaneció en el país desempeñó una intensa actividad. Dictó cursos y conferencias sobre materias de historia, derecho y pedagogía en las universidades de La Plata, Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe, y en varias instituciones de enseñanza primaria y secundaria. A la vez, su palabra fue requerida en numerosos foros de la

43 Sobre los objetivos del viaje de Altamira y su presencia en Argentina, véase: PELOSI, Hebe Carmen, *Rafael Altamira y la Argentina*, Alicante, Universidad de Alicante, 2005; PRADO, Gustavo H., *Rafael Altamira en América (1909-1910). Historia e historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008.

44 La Universidad de Oviedo era una de las universidades que más se había interesado por promover la modernización educativa en España. En ese recinto, Altamira era parte integrante de un grupo de profesores que compartían los postulados del regeneracionismo y que estaban intentando impulsar un programa de reforma pedagógica, social y cultural. Esta agrupación, conocida como “Grupo de Oviedo” buscaba proyectar la acción social desde la universidad e influir en la democratización del sistema político español. LEDEZMA MARTÍNEZ, Juan Manuel, *Los programas hispanoamericanistas de Rafael Altamira y su primera estancia en México, 1909-1910: hacia la conformación de una red intelectual*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2013, p. 40, inédito.

sociedad civil, la colectividad española y asociaciones sindicales y se ofrecieron decenas de agasajos, banquetes y veladas en su honor. Según Gustavo Prado, la amplia acogida que Altamira encontró entre la intelectualidad argentina obedeció a un interés por reafirmar las raíces hispanas frente a la masividad del fenómeno inmigratorio que hizo temer por la disolución de la identidad nacional.⁴⁵

La llegada de Altamira a Córdoba fue promovida por la propia Universidad de Oviedo y la organización de la visita implicó un denso intercambio de comunicaciones epistolares y telegráficas. La comunidad universitaria cordobesa le manifestó una amplia adhesión, lo que incluyó una recepción oficial y dos banquetes en su honor. Altamira pronunció tres conferencias en la Universidad y, además, visitó el Observatorio Astronómico y la Escuela Normal Provincial. El periódico local *La Voz del Interior* resaltó que su presencia significaba una fuerza dinámica que impedía la inercia y propiciaba la renovación de la vieja casa de altos estudios, “nunca *antigua* cuando los hombres y las ideas se renuevan.” En una interpelación directa al profesor español, el periódico le solicitó que expusiera los resultados de sus estudios históricos y así pusiera al descubierto “la verdad” sobre las relaciones entre España y América. Además, como pedido final, señaló la necesidad de que Altamira impulsara en Córdoba la obra de extensión universitaria por él defendida, con el propósito específico de formar a los maestros de escuela y dejar la “semilla civilizadora” en aquellos responsables de las generaciones venideras, de quienes dependía “la fuerza o decadencia del país.”⁴⁶

Tres años después, la Universidad de Córdoba recibió a Léopold Mabillean. Este intelectual francés era un reconocido experto en mutualidad y por entonces se desempeñaba como director del Musée Social de París, un centro de estudio de los problemas sociales que desde su fundación a finales del siglo XIX constituyó un polo del reformismo social europeo. Su visita a la Argentina fue auspiciada por el Museo Social Argentino, a partir de los contactos que la institución estableció con sus colegas franceses.⁴⁷ Mabillean desarrolló algunas disertaciones en Buenos Aires y

45 PRADO, Gustavo H., “Rafael Altamira en el Río de la Plata: claves ideológicas e historiográficas de su éxito en la Argentina del Centenario”, en: ALTAMIRA, Pilar (coord.), *La huella de Rafael Altamira. Congreso Internacional Octubre 2011*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2012, pp. 137-153.

46 “Rafael Altamira”, *La Voz del Interior*, Córdoba, 20-10-1909, p. 2.

47 El Museo Social Argentino fue una institución dedicada a la investigación de los problemas vinculados a la cuestión social, fundada por Tomás Amadeo en la ciudad de Buenos Aires en 1911. Sobre el desarrollo de la institución, véase: GIRBAL-BLACHA, Noemí y SOLVEIRA DE BAEZ, Beatriz, “El Museo Social Argentino: su origen, acción

otras provincias del país sobre cuestiones vinculadas al cooperativismo, las sociedades mutuales y los seguros sociales. Como indicó Eduardo Zimmermann, estos temas fueron asumidos como consignas centrales del Museo Social, adquiriendo una amplia difusión a través de las páginas del *Boletín* de la institución.⁴⁸

El presidente del Museo Social Argentino, Tomás Amadeo, mantuvo comunicaciones con la Universidad de Córdoba, por medio de las cuales promocionó la visita de Mabillean.⁴⁹ El propio intelectual francés se dirigió por carta al rector para expresar sus deseos de pronunciar una conferencia en Córdoba.⁵⁰ La comunidad universitaria local lo recibió con un acto en el que el joven estudiante –y futuro líder reformista– Deodoro Roca pronunció un discurso de bienvenida que destacó la importancia del visitante para la juventud estudiosa:

“Señor, que traéis de lejanos países el verbo armonioso de la nueva justicia; señor, que encaneció su frente pensando y midiendo el sentir doloroso de la humanidad insuficiente; señor, que frente a lo agrio y duro de lo individual levantasteis la serena doctrina del equilibrio; señor, que de la angustia moderna sacó tu corazón y condensó tu pensamiento la fórmula reparadora, os llevo en la simpatía de este homenaje la palabra de bienvenida que tiene para vos la juventud de este hogar universitario, que en el libro y en la vida abreva su sed de amor, de justicia, de belleza, y amasa su pan de ideal en el sano optimismo de su sangre nueva. Bienvenidos sean, señor, los que, como vos, traen la orientación fecunda, la norma directiva. Tiempo era ya de que la saciedad de los sentidos se subordinara a la hegemonía de la conciencia, de que a la deciros a

y proyección”, en: *Historiografía y Bibliografía Americanista*, n° 28, 1984, pp. 95-128; GIRBAL-BLACHA, Noemí y OSPITAL, María Silvia, “Elite, cuestión social y apertura política en la Argentina (1910-1930). La propuesta del Museo Social Argentino”, en: *Revista de Indias*, vol. 46, n° 178, 1986, pp. 609-625; PELOSI, Hebe Carmen, *El Museo Social Argentino y la Universidad del Museo Social Argentino. Historia y Proyección (1911-1978)*, Buenos Aires, Universidad del Museo Social Argentino, 2000; PELOSI, Hebe Carmen, “El Centenario y la ‘cuestión social’. Una iniciativa académica”, en: *Temas de historia argentina y americana*, n° 5, 2004, pp. 81-102.

48 ZIMMERMANN, Eduardo, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1995, pp. 74-76.

49 AGHUNC, *Serie Documentos*, Libro 74, tomo II, 1912, fs. 86 y 145.

50 Ibid., fs. 95-95v.

vos, esclarecido representante de aquella mentalidad, que os sigue nuestra atención, os acompaña nuestra simpatía y es vuestra nuestra admiración.”⁵¹

Mabilleau dictó un total de cinco conferencias en los salones de la Universidad, en la Escuela de Agricultura y en el Teatro Rivera Indarte. Además, efectuó una recorrida por las principales industrias de la ciudad y recorrió algunos establecimientos educativos. En cada una de sus presentaciones resaltó la utilidad de la asociación mutualista y cooperativista para solucionar el problema social. En contraposición a la doctrina del *laissez faire*, señaló que la sociedad no era un agregado de individuos “sin ligadura natural”, sino un cuerpo “compuesto por células agrupadas en órganos adaptados a cualquier función particular y en armonía con el sistema general.”⁵² En consecuencia, destacó la importancia de la agrupación de los individuos en asociaciones, ya fueran sociedades de socorros mutuos o sociedades cooperativas, que fortalecían los lazos de reciprocidad entre los asociados con el propósito de lograr un bien común.

La presencia de Mabilleau también formó parte de una campaña de propaganda del Museo Social Argentino, que apuntó a difundir los propósitos de su obra con el fin de obtener la adhesión de diversas instituciones oficiales y privadas del país. Este apoyo no sólo era importante para dotar de legitimidad a la entidad, sino también para conseguir la financiación económica necesaria para el sostenimiento de sus iniciativas. Tras la visita del mutualista francés, la Universidad de Córdoba se constituyó en miembro adherente del Museo Social, secundando una iniciativa desarrollada en primera instancia por su Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Esta vinculación redundó en el patrocinio de congresos y la recepción de destacadas figuras vinculadas al reformismo social.⁵³

En 1916, el filósofo español José Ortega y Gasset realizó su primer viaje a la Argentina. Acompañado por su padre, el joven profesor de metafísica de la Universidad de Madrid llegó invitado por la Institución Cultural Española, para dictar un ciclo de

51 “Leopoldo Mabilleau”, *La Voz del Interior*, Córdoba, 26-9-1912, p. 5.

52 Ibid., p. 6.

53 El Museo Social Argentino participó en la *Exposición Universal e Internacional de Gante* (Bélgica, 1913), organizó eventos como el *Congreso Internacional de Mutualidad y Previsión Social* (1916), el *Congreso de la Habitación* (1920) y el *Primer Congreso Internacional de Economía Social* (1924) y gestionó la visita de Emile Vandervelde (1928), Raymond Poincaré (1929) y Arturo Labriola (1930).

conferencias públicas y un seminario sobre kantismo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.⁵⁴ Uno de los ejes de sus intervenciones estuvo centrado en denunciar que la vigencia de la tradición positivista en las universidades argentinas constituía un anacronismo cultural insostenible. Le reprochó al positivismo la ingenuidad de aceptar acríticamente que la visión y los sentidos en general reflejaban pasivamente el mundo.⁵⁵ Ante esto, reveló las nuevas orientaciones del pensamiento europeo y destacó la renovación filosófica operada desde fines del siglo XIX y principios del XX. Bajo el patrocinio de autores como Henry Bergson en Francia y Edmund Husserl en Alemania, las corrientes espiritualistas habían colocado en énfasis en la reflexión y la definición sobre la conciencia, como una realidad cualitativamente diferenciada del mundo natural o de la experiencia material.⁵⁶ La filosofía debía entonces orientarse al plano de la conciencia, que producía significaciones capaces de ordenar y dar cuenta de las leyes constitutivas de las distintas clases de objetos que se ofrecían a la percepción. Bajo la difundida convicción de la degeneración materialista de la vida nacional, el imperio exclusivo de las finalidades económicas, el descuido de las normas éticas, se comenzaba a reclamar el correctivo de una cultura más elevada y espiritual. La repercusión de las conferencias de Ortega en el ámbito universitario y los círculos intelectuales del país fue inmensa. Como recordaba Alejandro Korn en un artículo publicado una década más tarde en la revista *Nosotros*:

“La presencia de Ortega y Gasset en el año 1916 fue para nuestra cultura filosófica un acontecimiento. Autodidactos y diletantes tuvimos la ocasión de escuchar la palabra de un maestro; algunos despertaron de su letargo dogmático y muchos advirtieron por primera vez la existencia de una filosofía menos pedestre. De entonces acá creció el amor al estudio y aflojó el imperio de las doctrinas positivistas. No nos trajo Ortega y Gasset un sistema cerrado. Enseñó a poner los problemas en un plano superior, nos inició en las tendencias incipientes, dejó entrever

54 LLANO ALONSO, Fernando H. y CASTRO SÁENZ, Alfonso (eds.), *Meditaciones sobre Ortega y Gasset*, Madrid, Editorial Tébar, 2005, p. 44.

55 VASQUEZ, Karina, “José Ortega y Gasset. Meditación de nuestro tiempo. Las conferencias de Buenos Aires, 1916-1928”, en: *Prismas. Revista de historia intelectual*, n° 2, 1998, pp. 235-237.

56 TERÁN, Oscar, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo XXI, p. 200.

la posibilidad de definiciones futuras, nos incitó a extremar el esfuerzo propio. Mucho le debo personalmente, pero creo poder emplear el plural y decir: mucho le debemos todos.”⁵⁷

En el marco de su gira, Ortega y Gasset llegó a Córdoba a instancias del Centro de Estudiantes de la Facultad de Derecho. En el salón de grados de la Universidad disertó sobre “Cultura filosófica”, en presencia de una nutrida concurrencia que superó las dimensiones del recinto y debió extenderse por el claustro adyacente.⁵⁸ El director de la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba* y profesor de la cátedra de Sociología de la Facultad de Derecho, Enrique Martínez Paz –a la sazón, uno de los principales representantes de los sectores más renovadores de la institución, cuya candidatura al rectorado fue sostenida por los estudiantes reformistas en 1918– publicó en dicha revista una nota de su autoría en la que vertió una serie de reflexiones en torno a la visita del filósofo español. Allí señaló: “las excepcionales cualidades del conferencista hicieron de este acto, de ordinario trivial y efímero, una positiva lección, llena de sugerencias y de emoción intensa.” En sintonía con el diagnóstico de Ortega acerca de la crisis del positivismo, no dudó en indicar que la filosofía naturalista languidecía desde hacía ya muchos años: “La observación exclusiva y el empirismo rudo, han llegado a hacer perder a los hombres el plano de los grandes problemas, a destruir no sólo los viejos sistemas, sino aún hasta la filosofía misma.” Ante esta situación, enunció la necesidad de recuperar los problemas de la filosofía, para lo cual señaló la trascendencia de la vuelta a Kant, según los ejemplos de Boutroux y Bergson en Francia, Simmel y Eucken en Alemania, Croce en Italia y Ortega y Gasset en España. Sobre este último, aclaró que no pretendía crear un sistema nuevo, sino adoptar una “actitud de espíritu” sobre el mundo y la vida. Esto significaba una forma de concebir y comprender las cosas más allá de su superficie, por “lo interior”, llegando hacia “el fondo” de las cosas, penetrando en la “profundidad” de la conciencia.⁵⁹

El mensaje orteguiano contenía un llamamiento a una revolución cultural y moral que debía ser encabezada por una nueva jefatura espiritual. Desprenderse del hábito, de las costumbres y del automatismo que configuraba la cultura asumía los rasgos de una misión heroica, con una connotación de riesgo, de peligro y de radicalidad. A la

57 KORN, Alejandro, *Obras completas*, Buenos Aires, Claridad, 1949, p. 33.

58 “Huéspedes ilustres”, *La Voz del Interior*, Córdoba, 21-10-1916, p. 4.

59 MARTÍNEZ PAZ, Enrique, “José Ortega y Gasset”, en: *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año III, núm. 8, octubre 1916, pp. 479-482.

par, dicha ruptura estaba asociada a la construcción de una nueva generación animada de una potencia espiritual opuesta a los valores materiales. Años más tarde, estos elementos del pensamiento de Ortega alcanzaron eco en el movimiento reformista iniciado en Córdoba en 1918, que incluyó en su ideario el rechazo del positivismo y la adhesión a una “nueva sensibilidad” espiritualista.⁶⁰

Reflexiones finales

En el curso de la última década, los historiadores han revisado algunos planteos clásicos sobre la Reforma Universitaria y elaborado nuevas interpretaciones que procuran complejizar el conocimiento de dicho fenómeno histórico. En este sentido, distintas producciones tomaron distancia del mero relato acontecimiental para ahondar en la situación de la Universidad de Córdoba y el movimiento estudiantil durante el período anterior a 1918. Esta opción metodológica ha permitido observar que la Reforma se gestó en un largo proceso de construcción histórica, lo que conduce a matizar su carácter disruptivo o fundacional. Así, Pablo Buchbinder ha sugerido la posibilidad de cuestionar la imagen recurrente de la Universidad pre-reformista como una institución anclada en la colonia e impregnada de un catolicismo intransigente, pues la casa de altos estudios cordobesa se encontraba en pleno proceso de transformación cultural e intelectual.⁶¹ A favor de tal argumento, destaca que los profesores católicos coexistían con otros docentes imbuidos de un espíritu liberal y cita como ejemplo la labor del prestigioso criminólogo Cornelio Moyano Gacitúa, quien difundió los conceptos de la escuela positivista a través de la cátedra de Derecho Penal. Asimismo, observa que la reforma del plan de estudios de derecho llevada a cabo en 1907 introdujo la enseñanza de la Legislación Industrial, la Sociología, la Psicología experimental y la Pedagogía y, como tal, significó un esfuerzo de apertura a las modernas corrientes científicas de la época. Finalmente, indica que la creación de la *Revista de la Universidad Nacional de*

60 Sobre la gravitación del pensamiento de Ortega y Gasset en el ideario reformista, véase: ROMERO, José Luis, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Buenos Aires, AZ Editora, 1998, pp. 136-145; TERÁN, Oscar, “La Reforma Universitaria en el clima de ideas de ‘la nueva sensibilidad’”, en: *Espacios de crítica y producción*, n° 24, 1998-1999, pp. 3-7.

61 BUCHBINDER, Pablo, *Historia de las Universidades Argentinas*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2005, pp. 97-98.

Córdoba en 1913 fue una iniciativa de aquellos sectores que se mostraban partidarios de la renovación de diversas dimensiones de la vida académica, lo cual contribuye a relativizar la imagen de una institución dominada por una cerrada elite clerical.⁶²

Congruentemente Gardenia Vidal, ha señalado que, durante la segunda década del siglo XX, surgieron nuevas asociaciones político-culturales (como la “Sociedad Georgista de Córdoba”, la “Universidad Popular”, la agrupación “Córdoba Libre”, los centros de estudiantes, el “Comité Pro-Dignidad”, el “Comité Pro-Reforma Universitaria”, el “Comité de Profesionales Pro-Reforma Universitaria”, el “Comité del Libre Pensamiento” y la “Federación Universitaria de Córdoba”), cuyos principales protagonistas fueron estudiantes universitarios y jóvenes intelectuales cordobeses. De acuerdo al planteo de Vidal, estas organizaciones tuvieron una clara identificación liberal y desarrollaron esfuerzos por expandir la opinión pública laicista y contrarrestar la influencia del clericalismo dominante.⁶³ Siguiendo a Vidal, Pablo Requena ha observado en estas manifestaciones culturales la presencia de alternativas contra-hegemónicas que permiten cuestionar la imagen de 1918 como una ruptura absolutamente moderna con el pasado tradicional cordobés. Tanto el espacio público laicista como los nuevos ámbitos de sociabilidad que contribuyeron a crearlo, ofrecieron un terreno fértil para que el americanismo, el juvenilismo y la idea de crisis de la cultura occidental arraigaran y fueran utilizados por la fracción más joven de la elite letrada cordobesa.⁶⁴ Estos tópicos del discurso reformista sólo pudieron ser

62 BUCHBINDER, Pablo, *Historia de las Universidades...*cit., p. 98; BUCHBINDER, Pablo, *¿Revolución en los claustros? La Reforma Universitaria de 1918*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2008, pp. 79-80.

63 VIDAL, Gardenia, “El asociacionismo laicista y la reforma universitaria de 1918 (Córdoba-Argentina)”, en: *Segundas Jornadas de Historia Regional*, Porto Alegre, 2005.

64 REQUENA, Pablo Manuel, “...han pasado este año cosas estupendas. Ha florecido una nueva generación”. *Deodoro Roca y el imaginario reformista (Córdoba, 1915- 1936)*, Córdoba, Tesis de Licenciatura, Universidad Nacional de Córdoba, 2008, inédita; REQUENA, Pablo Manuel, “Universidad, política y cultura en la Córdoba intersecular o pensar la Reforma Universitaria de 1918 en la mediana duración. Córdoba, 1871-1920”, en: *Reseñas de Enseñanza de la Historia*, n° 6, 2008, pp. 287-310. Cabe recordar que el discurso de los líderes reformistas manifestó su insatisfacción por el estado de la cultura y el sistema educativo. Ante esta situación de crisis, los jóvenes fueron señalados como los depositarios de un cúmulo de virtudes y valores morales e intelectuales. En ellos se cifró la posibilidad de llevar adelante la acción transformadora de la sociedad, sobre la base de un elevado espíritu de justicia y libertad. De esta manera, la reforma fue percibida como obra de una “nueva generación” que se definía, a la vez, por su identidad netamente americana. Si la guerra europea había representado la crisis del modelo de civilización occidental,

empleados luego de estas experiencias de asociacionismo, que constituyeron “ámbitos de enunciación completamente nuevos”, en los que tuvo lugar “la construcción de imaginarios identitarios novedosos pues todos ellos permitían la interacción entre intelectuales, dirigentes y estudiantes universitarios. Estas condiciones favorecieron el fortalecimiento de un público emergente, joven, laico y liberal; activo y movilizado.”⁶⁵ Así pues, puede sostenerse que la Reforma Universitaria fue posible, en gran parte, por la existencia de estas formas previas de organización y movilización.

En línea con estas investigaciones, el presente trabajo ha intentado contribuir al esfuerzo por complejizar la visión de la situación de la casa de altos estudios cordobesa en el período previo a la Reforma. La indagación del acervo documental de su Archivo General e Histórico y, en particular, de la serie compuesta por la correspondencia dirigida al rectorado, ha revelado su potencialidad para constatar la existencia de redes intelectuales y calibrar su impacto en los procesos de transferencia y circulación de ideas. La exploración de dicha documentación muestra que, entre 1890 y 1918, la Universidad de Córdoba amplió e intensificó sus vínculos con una multiplicidad de agentes culturales nacionales y extranjeros. La institución estableció una densa trama de contactos que asumió formas prototípicas, tales como la correspondencia epistolar, los congresos científicos y los viajes con fines académicos. Tales mecanismos propiciaron el despliegue de un flujo de personas, materiales e ideas, en un circuito de intercambios y circulaciones que a menudo trascendía las fronteras nacionales.

La expansión de este conjunto de prácticas revela que, a pesar de su impronta religiosa, la Universidad de Córdoba no permaneció aislada o herméticamente cerrada a los procesos de modernización cultural y a las novedades intelectuales que tuvieron lugar en el giro del siglo XIX al XX. El reconocimiento de tales contactos contribuye entonces a matizar la imagen recurrente de la Universidad pre-reformista como una institución arcaica y estacionaria, incólume a las modernas corrientes de pensamiento.

En definitiva, se trata de volver a las fuentes ya exploradas y someterlas a nuevos interrogantes, para poner en tensión las viejas tesis historiográficas y formular interpretaciones diferentes, más realistas y complejas que las ya existentes. Esto, una

América Latina revelaba ante sus ojos inéditos horizontes donde abreviar para elaborar una propuesta de renovación política, pero sobre todo cultural y moral. Al respecto, véase: VASQUEZ, Karina, “Intelectuales y política: la ‘nueva generación’ en los primeros años de la Reforma Universitaria”, en: *Prismas. Revista de historia intelectual*, núm. 4, 2000, pp. 59-75.

65 REQUENA, Pablo Manuel, “Universidad, política y cultura...” cit., pp. 306-307.

vez más, sugiere que el historiador no debe encomendar su labor al propósito de simplificar o allanar los procesos históricos, sino al intento de abordar y recomponer la realidad pretérita en toda su complejidad.



ir al
índice